

Introducción

La semana del 9 al 15 de marzo de 2026 ha estado dominada por la combinación de un shock geopolítico de primer orden —la guerra entre Estados Unidos, Israel e Irán— y unos datos macroeconómicos que, en términos agregados, seguían describiendo una inflación moderada pero con riesgo de repunte por la energía. Los mercados financieros han oscilado entre el miedo a un episodio de estanflación global y la esperanza de que el conflicto sea relativamente breve y las disrupciones en el mercado del petróleo se contengan.

A continuación se resumen los principales hechos económicos de alcance mundial y sus implicaciones: el shock petrolero asociado a la guerra de Irán, los datos de inflación en Estados Unidos, la sorpresa de inflación al alza en China y las señales de crecimiento débil pero positivo en el Reino Unido y la eurozona.

Guerra de Irán y shock petrolero: epicentro del riesgo macro global

En la segunda semana de marzo continuó el impacto económico de los ataques militares de Estados Unidos e Israel contra Irán iniciados el 28 de febrero, que han incluido el cierre efectivo del estrecho de Ormuz y daños a infraestructuras energéticas. Distintas estimaciones sitúan la interrupción de suministros en torno al 20% del petróleo mundial que transita por Ormuz, con recortes combinados de producción en Kuwait, Irak, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos de entre 6,7 y 10 millones de barriles diarios a mediados de marzo, el mayor shock de oferta de la historia del mercado de crudo.

Los precios del petróleo Brent y del West Texas Intermediate (WTI) se dispararon en los primeros días del conflicto desde niveles próximos a 70 dólares hasta picos por encima de 110–119 dólares por barril, antes de corregir parcialmente en la semana analizada. Informaciones de prensa recogen subidas intradía de hasta el 30% sobre los niveles previos y repuntes acumulados superiores al 25%, seguidos de caídas bruscas cuando el presidente Donald Trump sugirió que la operación militar podría estar cerca de su fin y el G7 insinuó el uso de reservas estratégicas.

El encarecimiento del crudo se ha trasladado con rapidez a los precios de la gasolina y otros combustibles: en Estados Unidos, algunas estimaciones apuntan a incrementos en torno al 7,5% y medias nacionales próximas a 3,20–3,40 dólares por galón en cuestión de días. Este aumento energético actúa como un impuesto adicional sobre hogares y empresas, reduciendo renta disponible y márgenes y elevando los costes de transporte y fertilizantes, con riesgo de contagio a precios de alimentos.

En los mercados financieros, el inicio de la semana estuvo marcado por fuertes caídas en las bolsas asiáticas y europeas, mientras el petróleo superaba con holgura los 100 dólares y los inversores descontaban mayores presiones inflacionistas y un crecimiento más débil. Sin embargo, al cierre de la sesión del lunes 9, los principales índices de Wall Street lograron recuperar terreno y cerrar en positivo —el Dow Jones rebotó cerca de 239 puntos tras haber llegado a caer casi 900— coincidiendo con la corrección del crudo por debajo de 90 dólares y los mensajes de calma desde Washington y el G7.

Para la economía global, el escenario base de buena parte de los analistas sigue siendo el de un conflicto relativamente breve, pero diversos informes alertan de que un mantenimiento prolongado de precios del petróleo en el entorno o por encima de 100 dólares podría empujar a Europa hacia la recesión y colocar a la Reserva Federal y a otros bancos centrales ante un dilema: combatir una inflación reavivada endureciendo la política monetaria o priorizar el apoyo al crecimiento. Además, el shock se superpone a las tensiones comerciales derivadas de los aranceles de la Administración Trump, lo que incrementa la incertidumbre sobre la trayectoria del comercio y la inversión mundial.

Estados Unidos: inflación de febrero en el 2,4% y foco en la Fed

El dato macroeconómico clave de la semana fue la publicación del Índice de Precios al Consumo (IPC) de febrero en Estados Unidos, que mostró una subida mensual del 0,3% y una tasa interanual del 2,4%, igual que en enero. Se trata del nivel más bajo desde mayo de 2025 y se sitúa relativamente cerca del objetivo del 2% de la Reserva Federal, aunque sigue algo por encima y llega en un contexto de fuerte tensión en los mercados energéticos.

Desglosando por componentes, la energía repuntó un 0,6% en el mes y acumula una subida interanual del 0,5%, mientras que los alimentos aumentaron un 0,4% mensual y un 3,1% interanual. La partida de vivienda —shelter—, que tiene un peso elevado en la cesta del IPC, creció un 0,2% en febrero, manteniendo presiones subyacentes, mientras que el índice subyacente (sin energía ni alimentos) avanzó un 0,2% mensual y un 2,5% en términos interanuales.

Distintos análisis subrayan que, aunque la inflación aparente se mantiene contenida, existen anomalías estadísticas derivadas del prolongado cierre administrativo federal del otoño pasado, que dificultaron la recogida de datos y podrían estar infravalorando la inflación real en unas tres décimas, situándola más cerca del 2,7%. En cualquier caso, el cuadro general sigue siendo el de una inflación moderada, si bien vulnerable a un nuevo impulso al alza si el shock petrolero se prolonga en el tiempo.

En términos de política monetaria, la Reserva Federal dejó el tipo de los fondos federales en el rango 3,50–3,75% en su primera reunión del año, con un comunicado de tono ligeramente más restrictivo que describía la actividad económica como “sólida” y el mercado laboral como en proceso de estabilización. El calendario oficial sitúa la próxima decisión el 18 de marzo, de modo que el dato de IPC de febrero y la evolución del crudo se han convertido en insumos clave para calibrar si el banco central puede iniciar recortes de tipos o debe mantener una postura de espera más prolongada.

Para la economía real estadounidense, un escenario de inflación en torno al 2,4–2,7% con petróleo volátil implica que el margen para recortes agresivos de tipos es limitado sin arriesgar la credibilidad antiinflacionista de la Fed. Al mismo tiempo, un endurecimiento adicional de la política monetaria en plena guerra y con signos de desaceleración del crecimiento aumentaría el riesgo de un aterrizaje más brusco, especialmente dada la erosión del ahorro de los hogares y la sensibilidad de sectores como vivienda y automoción a los tipos de interés.

China: inflación al alza y desinflación industrial que se modera

China aportó otra de las sorpresas de la semana al registrar en febrero una inflación interanual del 1,3%, frente al 0,2% de enero y por encima del consenso de mercado, que esperaba en torno al 0,8%. Se trata de la tasa más elevada desde principios de 2023 y supone, al menos temporalmente, una salida del patrón de muy baja inflación que había alimentado temores de deflación ligados a la crisis inmobiliaria y al débil consumo interno.

Según la Oficina Nacional de Estadística de China, el IPC subió un 1,0% en términos mensuales, con aumentos especialmente intensos en alimentos —que pasaron de tasas negativas a un alza del 1,7% interanual— y en servicios, donde la inflación alcanzó el 1,6% interanual. Parte de este repunte se atribuye al efecto estacional del Año Nuevo Lunar, que en 2026 cayó a mediados de febrero y suele impulsar el gasto en viajes, ocio y alimentación, aunque los datos sugieren también una cierta mejora de la demanda subyacente.

En paralelo, el índice de precios de producción (PPI) continuó en terreno negativo, con una caída del 0,9% interanual en febrero, pero menos intensa que el -1,4% registrado en enero, lo que indica una moderación gradual de la deflación industrial. Los precios de bienes de producción —inputs industriales— descendieron un 0,7%, frente al -1,3% anterior, mientras que los precios de bienes de consumo cayeron un 1,6%, ligeramente menos que en enero.

En el plano de política económica, el Gobierno chino ha mantenido para 2026 un objetivo de inflación en torno al 2%, el más bajo en más de dos décadas, dentro de una estrategia que combina estímulos selectivos y prudencia frente al endeudamiento. El repunte reciente del IPC acerca la inflación a ese objetivo, pero la persistente debilidad de los precios industriales y las tensiones derivadas de los aranceles estadounidenses y del fin del petróleo iraní con descuento apuntan a que Pekín seguirá recurriendo a medidas para reforzar la demanda interna y estabilizar el sector inmobiliario.

Para el resto del mundo, una China que evita la deflación pero no muestra un recalentamiento claro significa, a corto plazo, un riesgo menor de exportación masiva de deflación vía precios industriales, pero también una contribución al crecimiento global más modesta de lo que era habitual antes de la pandemia. Ello deja más peso del ajuste sobre las economías avanzadas, que afrontan simultáneamente el shock energético y los legados de la subida de tipos de los dos últimos años.

Reino Unido y Europa: crecimiento débil y BCE en pausa prolongada

En Europa, la atención de la semana se centró en los datos de actividad del Reino Unido y en las señales de continuidad de la pausa monetaria del Banco Central Europeo (BCE). La Oficina Nacional de Estadística británica informó de que el PIB mensual no registró crecimiento en enero de 2026, tras avances del 0,1% en diciembre y del 0,2% en noviembre. En términos de trimestre móvil, el PIB creció un 0,2% en los tres meses hasta enero respecto a los tres meses hasta octubre, y un 0,9% frente al mismo periodo del año anterior, cifras que describen una expansión positiva pero muy contenida.

Por sectores, los servicios —que representan la mayor parte de la economía británica— se mantuvieron planos en enero, mientras que la producción cayó un 0,1% y la construcción avanzó un 0,2% en el mes. Mirando al trimestre móvil, la producción industrial fue el principal soporte, con un avance del 1,3%, frente a un modesto 0,2% en servicios y un retroceso de la construcción. Diversos análisis privados han descrito este patrón como una economía “atascada en primera marcha”, con un crecimiento insuficiente para generar una mejora clara del mercado laboral pero tampoco lo bastante débil como para forzar recortes agresivos de tipos a corto plazo.

En la zona del euro, el BCE mantuvo sin cambios sus tipos de interés oficiales en su reunión del 5 de febrero, tras una serie de recortes previos, y su comunicado volvió a subrayar que las proyecciones apuntan a una estabilización de la inflación en torno al 2% en el medio plazo. Análisis de mercado previos a la reunión de marzo del 19 de ese mes apuntan a una alta probabilidad de que el banco central prolongue la pausa, manteniendo el tipo de depósito en el 2%, incluso si la inflación se sitúa temporalmente por debajo del objetivo.

Las expectativas implícitas en algunos mercados de predicción asignan más de un 98% de probabilidad a que no haya cambios de tipos en la reunión de marzo, reflejando la percepción de que el BCE dará prioridad a consolidar la desinflación antes que a reaccionar a corto plazo al shock energético derivado de la guerra de Irán. Esta postura pretende evitar un endurecimiento excesivo que empuje a la eurozona a la recesión en un contexto ya frágil, aunque también implica aceptar cierta volatilidad adicional de la inflación a corto plazo.

En conjunto, la combinación de crecimiento mediocre en el Reino Unido, fragilidad en varias economías del euro y un BCE en pausa refuerza la idea de que Europa afronta el shock petrolero en una posición cíclica más débil que Estados Unidos. Ello aumenta el riesgo de que un escenario de petróleo persistentemente caro derive en un episodio de estanflación regional, con bajo crecimiento y precios elevados, especialmente si la política fiscal se ve constreñida por la necesidad de consolidación presupuestaria.

Visión de conjunto: resiliencia previa y nuevos riesgos

Antes del estallido del conflicto con Irán, los indicadores adelantados apuntaban a una cierta mejora del ciclo global: el índice de producción del PMI mundial alcanzó en febrero uno de sus niveles más altos desde la pandemia, señalando un crecimiento del PIB global en torno al 3% anualizado. Esta recuperación se apoyaba en la moderación de la inflación en Estados Unidos, el alivio gradual de la desinflación en China y una estabilización relativa en Europa, tras los ajustes de tipos de 2024 y 2025.

La irrupción del shock geopolítico en Oriente Medio introduce, sin embargo, un riesgo adicional de primer orden, al combinar un encarecimiento súbito de la energía con un entorno de tipos aún elevados y márgenes fiscales limitados en muchas economías avanzadas. El desenlace económico dependerá en gran medida de la duración de la guerra, de la rapidez con la que se reabra el tráfico por Ormuz y de la capacidad de los grandes productores y de la Agencia Internacional de la Energía para utilizar reservas estratégicas y evitar que el shock de oferta se cronifique.

AURALIS NEWS

Desde el punto de vista de los incentivos y la política económica, los bancos centrales se enfrentan a decisiones complejas: un recorte prematuro de tipos en respuesta al debilitamiento del crecimiento podría avivar de nuevo la inflación, mientras que mantener condiciones monetarias muy restrictivas en plena crisis energética podría agravar la desaceleración y tensionar aún más a los sistemas financieros y a los deudores más apalancados. La claridad en la comunicación, la coordinación con las autoridades fiscales y el uso prudente de herramientas no convencionales serán claves para gestionar este equilibrio en los próximos meses.

Para los agentes económicos —empresas, inversores y hogares—, el cuadro de la semana sugiere un entorno en el que la disciplina financiera, la gestión activa del riesgo energético y la atención a la solvencia de los contrapartes cobrarán aún más relevancia. La capacidad de adaptación a shocks externos, tanto a nivel micro como macro, será determinante para minimizar los costes económicos de una coyuntura que combina tensiones geopolíticas, transición energética y un ciclo de tipos todavía en fase de normalización.

Auralis News